

CULTURA, ESTÉTICA Y MAFIA

Magio, narco y traqueto

Estructuras existenciales de la vida mafiosa

Adrián Serna Dimas¹

Introducción: las fuentes de la monstruosidad

Los monstruos son las invenciones con las cuales una sociedad mimetiza la relación que sostiene con unos deseos que no concitan en ella la reciprocidad sino la rivalidad, que no atraen por amor sino por odio, que no procuran la paz sino que exacerbaban la violencia. Entonces, los monstruos sociales son la manifestación encarnada de los deseos que tiene vedados para sí una sociedad determinada, que se presentan como enemigos peligrosos en tanto ellos no son otra cosa que la propia sociedad duplicada en el desafuero: los monstruos sociales no son opacidades de una realidad extraña que amenazan la estabilidad

natural de la sociedad, sino presencias contundentes de las múltiples extrañezas que guarda para sí una sociedad expuesta permanentemente a la contradicción².

Bien vale esta reflexión preliminar para emprender una mirada panorámica a las estructuras existenciales de la vida mafiosa: la opinión mediática colombiana no ha dejado de señalar el carácter monstruoso del narcotráfico, pero ubicándolo como un fenómeno incomprensible para

1 Director del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano IPAZUD de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

2 Cf. René Girard. La violencia y lo sagrado. Barcelona: Anagrama, 1983.



una sociedad históricamente católica, demócrata y laboriosa, identificándolo de manera privilegiada con la influencia de factores externos y asociándolo con sectores o grupos marginales cuyas visiones y divisiones de la existencia nada tienen que ver con las que sostienen a la sociedad mayoritaria. Sin embargo, es en la misma sociedad colombiana donde están las fuentes de este monstruo que no sólo la ha hecho víctima sino también posesa. Precisamente la victimación y la posesión como situaciones alternas y complementarias son las que hacen del narcotráfico una auténtica tragedia nacional.

Así, la figura del monstruo permite restituir en las estructuras existenciales de la vida mafiosa la presencia entera de la sociedad colombiana. Esta sociedad se ha caracterizado a lo largo de su historia por un campo productivo desajustado, por el peso creciente del centralismo y el regionalismo, por las brechas profundas que separan a las distintas clases sociales, por las certezas en la primacía del estamento o en la preeminencia de la clase, por las prácticas excluyentes y confinantes y por las creencias en unas visiones y divisiones del mundo que predestinan la riqueza para unos y que signan la miseria para otros. Diferentes agencias de la sociedad colombiana, como la iglesia, la escuela y los medios de comunicación, han exaltado históricamente unos valores sociales que, convertidos en esencias de la especie o de la condición social, han pretendido hacer aceptable este extenso repertorio de contradicciones surgido de los valores propiamente económicos. De

este modo se ha inculcado la generosidad, la honorabilidad, la moderación y el cosmopolitismo ético como actitudes naturales que deben guardar los que más tienen, al tiempo que se ha inculcado la lealtad, la honestidad, la modestia y el localismo moral como actitudes naturales que deben guardar quienes tienen poco o no tienen nada. Estos valores sociales, que terminan definiendo lo bueno y lo deseable y lo malo y lo indeseable para las distintas clases y fracciones de clase, funcionan hasta hoy como recursos que hacen admisible la condición de necesidad y de solvencia, que hacen aceptable el estado de posesión y de desposesión y que, con esto, permiten administrar el deseo en la vida cotidiana.

Sin embargo, la distribución de unos valores sociales que sostienen al mismo tiempo la distribución de unos valores económicos ha implicado la intervención de una compleja economía de los bienes simbólicos que, efectivamente dominada por agencias como la iglesia, la escuela o los medios, ha distinguido y articulado los mercados que organizan estos dos tipos de valores. El mercado de los valores económicos tiende a reevaluarlos en función del interés y a devaluarlos en función de la renuncia; el mercado de los valores sociales tiende a reevaluarlos en función de la renuncia y a devaluarlos en función del interés: dos mercados simétricos, invertidos y complementarios, donde lo que es virtud en uno tiende a ser vicio en otro y viceversa. La articulación de estos mercados depende de esta economía de los bienes simbólicos que, imponiendo unos tiempos



de moratoria social legítimos, puede sublimar a los valores sociales desprendiéndolos de cualquier injerencia económica y a los valores económicos desprendiéndolos de cualquier injerencia social, convirtiendo a unos y a otros en esencias de la especie o de la condición social.

En Colombia, con unos valores económicos sujetos a la concentración minorista y con unos valores sociales orientados a contener la carencia mayorista, la operación de estos dos mercados permitió la perpetuación de los predestinados y de los signados. Las fortunas adquirieron una legitimidad bondadosa en la medida que la concentración hizo tanto más factible la generosidad, la honorabilidad, la moderación y el cosmopolitismo: la propia concentración económica fue revestida como resultado exclusivo de la constancia o la perseverancia. Las pobrezas adquirieron también una legitimidad bondadosa cuando la incapacidad de concentración no supuso el agotamiento de la lealtad, la honradez, la modestia y el parroquianismo: la propia carencia económica fue edulcorada con la paciencia o la resignación. Entre las buenas fortunas y las buenas pobrezas quedó gravitando una mínima clase media conformada, por un lado, por fracciones de viejos afortunados venidos a menos que reinventaron los valores de su clase no por medio de la constancia sino de la perpetuidad del privilegio; por otro lado, por fracciones de jóvenes aspirantes a fortuna que redimieron los valores de su clase no por medio de la paciencia sino de la asiduidad del mérito. En medio de las fortunas, las pobrezas y

las aspiraciones quedaron las existencias renuentes a unos valores que consideraron insustanciales o irredimibles por el privilegio o por el mérito, donde la insatisfacción fue revestida como resentimiento. Valga decir que una sociedad con fuertes rasgos estamentales, vivida o sobrevivida con los efectos de una economía simbólica que pudo amalgamar unos valores de extracción eminentemente religiosa con unos valores decididamente seculares, prácticamente sacrificó a la ciudadanía como identidad soportada en unos valores cívicos comunes en capacidad de democratizar el mundo público³.

Las estructuras existenciales de la vida mafiosa surgieron de la especulación de estos dos mercados de valores suscitada por la simplificación de la economía de los bienes simbólicos. De entrada hay que señalar que estas condiciones de especulación y simplificación fueron generadas por las profundas transformaciones del país desde los años sesenta: desruralización acelerada, urbanización crítica, profundización del desajuste del campo productivo, aumento de la concentración de la riqueza, masificación del desempleo y la pobreza y expansión del clientelismo por un acuerdo bipartidista que convirtió al Estado en objeto de un auténtico régi-

3 Las relaciones entre la estructura del mercado de valores económicos y la estructura del mercado de valores sociales y sus incidencias en la construcción de la ciudadanía en Colombia procede de Adrián Serna Dimas. Ciudadanos de la geografía tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006.



men de aparcería burocrática, todo esto con la presencia constante del conflicto, la inseguridad y la violencia. Por un lado, esto fragilizó la capacidad de los valores sociales consuetudinarios para contener los desarreglos del mercado de valores económicos vigente. Por otro lado, esto debilitó la ascendencia de las agencias dominantes de la economía simbólica como la iglesia, la escuela y los medios de comunicación de entonces. Finalmente, esto resquebrajó la creencia en los beneficios de la moratoria social y, con ello, en su legitimidad. En últimas, surgió una sociedad descreída del tiempo invertido, porque éste no ofrecía ninguna garantía: el tiempo invertido en educación para obtener un título, en trabajo para acceder a un salario, en ahorro para adquirir una posesión y aún en la participación para adquirir una representación política, entraron en cuestionamiento.

Obviamente que los narcotraficantes no fueron los primeros en atentar contra la creencia en la moratoria social. En primer lugar, porque una sociedad sometida históricamente a la incertidumbre de las mayorías, sin capacidad de universalizar los soportes básicos de la promesa social como lo son la educación y el trabajo, nunca pudo honrar esta creencia con todas sus agencias y en todos sus agentes. En segundo lugar, porque esta misma sociedad estaba familiarizada con las prácticas clientelistas que, organizadas en torno a la administración del Estado, supusieron desde siempre atentados contra la moratoria social, aunque éstos no necesariamente se presentaron como tales porque

En últimas, surgió una sociedad descreída del tiempo invertido, porque éste no ofrecía ninguna garantía...

se consideraron consecuciones conexas a un privilegio que obligaba a nunca dejar de mandar o como realizaciones de un mérito que concedía al que nunca dejaba de obedecer. De hecho, uno de los efectos contundentes de la magia clientelista fue que pudo reeditar una vieja herencia colonial: revestir el cargo público como título en sí mismo, convirtiendo su consecución en carrera o trayectoria, con lo que se saturó de tiempo social el privilegio de mandar y el mérito de obedecer en detrimento del tiempo social que debía su legitimidad a la educación o el trabajo.

La novedad de los narcotraficantes radicó en que atentaron contra la creencia en la moratoria social contravirtiendo precisamente la efectividad de los valores sociales consuetudinarios: la generosidad, la honorabilidad, la moderación y el cosmopolitismo de los que más tenían y la lealtad, la honradez, la modestia y el localismo de los que no tenían nada, simplemente habían perpetuado al país de “los mismos con las mismas”, hecho aceptado masivamente por una sociedad de buenos cristianos, de ciudadanos apenas electoreros y de audiencias cautivadas por radionovelas y novelas de folletín que urdían sus tramas con la trasgresión de los valores de siempre y sus finales con la restitución del orden. Los narcotraficantes



sometieron la generosidad y la lealtad a la compensación; la honorabilidad y la honradez al orgullo; la moderación y la modestia a la ostentación; el cosmopolitismo y el localismo a lo fronterizo: la moneda para la movilidad no serían más el privilegio y el mérito sino el estatus y el prestigio. No eran valores extraños o ajenos, sino la realización evidente e inmediata de los viejos valores que habían entrado en desuso o, mejor, los viejos valores actualizados por una economía depredadora: compensación, orgullo, ostentación y liminalidad no son otra cosa que el resultado de la capitalización criminal de los viejos valores.

De este modo los narcotraficantes, con un descomunal negocio criminal, encontraron un medio rápido para acceder a unos valores económicos y para imponerlos en unos valores sociales viejos, tanto que terminaron revistieron al valor económico como valor social en sí mismo. Y esto fue así porque los narcotraficantes, a diferencia de otras estructuras criminales, no auspiciaron sólo la resolución inmediata de una necesidad, el disfrute clandestino de la posesión o la reproducción exclusiva de un nicho delictivo: los narcotraficantes, por la capacidad de acumulación de su actividad y por la presión que pudiera ejercer sobre ella el entorno social, judicial, legal y político, buscaron colonizar la existencia compartida, camuflarse en ella, tarea que en modo alguno podían hacer con valores extraños sino con los valores consuetudinarios de la sociedad colombiana pero llevados al extremo de la redundancia, la exageración y la



banalización. No fue una tarea calculada y racional: los narcotraficantes asumieron su colonización de la existencia compartida embebidos en las propias creencias que soportaban a ésta, tanto que su escala de valores terminaría afianzando el conservadurismo histórico de la sociedad colombiana.

Precisamente en las estructuras de nuestros mercados de valores, en sus desajustes, en sus limitaciones y en sus incapacidades, están las raíces de las estructuras existenciales de la vida mafiosa, lo que ciertamente permite trascender los recurrentes estereotipos que pretenden mostrarlas como expresiones totalmente extrañas a la sociedad colombiana.

Las estructuras existenciales de la vida mafiosa han sido reconocidas con cierta lucidez por parte de la música, la literatura, el cine y la televisión. No obstante, no lo han sido tanto desde de las ciencias y las disciplinas académicas, que han estado más inclinadas a indagar otras expresiones del fenómeno narcotraficante: al negocio que mueve, a la corrupción que provoca y a la violencia a la que apela,



más aún cuando éstos se enquistaron en un viejo conflicto social y armado como el colombiano. Sin embargo, para entender al narcotráfico más allá de la racionalidad de una estructura económica criminal, para dilucidar su capacidad de anclaje en la sociedad colombiana, su emplazamiento en las diferentes regiones del país y sus formas de reproducción generacional, urge entender estas estructuras existenciales nutridas por una cotidianidad preñada con nuestra propia historia compartida. Obviamente que estas estructuras existenciales no son inmutables: ellas se han transformado en ajuste a esta historia y a los propios cambios internos del fenómeno narcotraficante. Las organizaciones narcotraficantes han mudado de bandas a carteles y de carteles a cuadros mafiosos, lo que ciertamente ha sido correspondido con los cambios de unos estilos de vida magios a unos propiamente narcos y de unos estilos de vida narcos a unos traquetos.

Los magios

A finales de los años sesenta, en medio de un país que no desistía de las promesas del frentenacionalismo pero que al mismo tiempo asistía a nuevas expresiones de descontento social, comenzaron a aparecer personajes con alguna fortuna que pronto se hicieron notar en sus círculos inmediatos. En la provincia habitualmente eran “hijos de vecino”, como suele decirse, que incrementaron viejas tenencias o que supieron rendir sus pesos en negocios de pueblo y en la adquisición

de una que otra parcela. En las ciudades aparecieron en las barriadas populares, unas veces como “chinos de barrio” bendecidos por un golpe de suerte y otras veces como recién llegados que traían consigo algún capital. También aparecieron en las barriadas de clase media, percibidos como parte de esa migración cada vez más constante hacia la ciudad. Sin embargo, en la medida que las fortunas fueron adquiriendo más notoriedad, las percepciones empezaron a cambiar. Aunque a los afortunados se les comenzó a asociar con actividades delictivas cada vez más comunes en las ciudades, como el hurto de residencias y vehículos, hubo una que se convirtió en recurrente: éstos no podían ser otra cosa que contrabandistas de cigarrillos, licores, textiles o electrodomésticos.

El contrabandista pronto se convirtió en objeto de estereotipos, sobre todo en las ciudades: un personaje de apariencias extrañas, surtido casi siempre desde la provincia, con adquisiciones suntuosas cuando no estafalarias y con actitudes indisciplinadas caracterizadas por la festividad y el nomadismo. En una sociedad que desde siempre exaltó la posesión de la residencia y la tenencia de hogar, que resultaron determinantes para perpetuar la nobleza de los constantes y para amarrar la existencia endeudada de los pacientes, resultaba incomprensible el atesoramiento sin casa ni familia a no ser que éste procediera de los malos pasos o estuviera sujeto a la mirada de la ley. El contrabandista que sentaba cabeza, que habitualmente abandonaba el negocio o





lo utilizaba para soportar otros de carácter legal, adquiría reconocimiento, respeto y ascendencia. Pero el contrabandista que aparecía y desaparecía recibía no sólo el estereotipo sino el estigma: sujeto conflictivo dispuesto a la bulla y la refriega, sujeto sospechoso que en medio de sus huidas podía escapar sin pagar arriendos o servicios, sujeto estrambótico zurcido en riquezas en el seno de una sociedad de prestantes moderados y de pobres modestos. En la aldea o la barriada estos eran los motivos de juicio recurrente a los contrabandistas, en nada relacionados con los esgrimidos por la propaganda oficial, especialmente desde los años sesenta, que los acusaba de atentar contra una economía decidida en la sustitución de importaciones. Pero para la gente de todas las clases y condiciones el contrabando no entrañaba ningún atentado, lo que se vio reflejado en la expansión de los grandes centros de comercio poco formal o informal conocidos como “sanandresitos”, en el tráfico abierto o clandestino entre fronteras o simplemente en el encargo corriente sin pago de impuestos de bienes de consumo o suntuarios a cualquiera que visitara el exterior.

Con el contrabandista apareció igualmente en las ciudades el esmeraldero, eventualmente algún patrón pero habitualmente un intermediario entre la mina y la calle. El esmeraldero, a diferencia del contrabandista nómada, fue configurando sus propios nichos en la ciudad, arraigando en determinadas barriadas, utilizando los lazos que le heredaran generaciones anteriores de paisanos y apelando a los estilos de la clase popular pudiente representada por los dueños de mercados barriales, los expendedores de carnicerías y los propietarios del creciente transporte público. Sin embargo, la resonancia que alcanzaron las primeras guerras esmeralderas y los brotes de ellas en algunos pueblos y ciudades fueron afianzando otro estereotipo: el esmeraldero como alguien dispuesto a cuidar el honor y la honra con las armas, que sobrevivía en un negocio siempre sensible a la pretensión, lo que lo hacía excesivamente reservado pero en determinadas circunstancias igualmente violento. Pero, al igual que con los contrabandistas, la sociedad ni resintió su prosperidad en la provincia ni su advenimiento en las ciudades. Unos y otros crearon sus espacios, forjaron unos estilos de vida propios y reprodujeron sus creencias y expresiones regionales en unas ciudades que cada vez más eran el resultado de los inmigrantes de la provincia.

No obstante, a principios de los años setenta, se hizo evidente que en medio de las fortunas del contrabando y las esmeraldas estaban prosperando otras vinculadas con “negocios oscuros o extraños” con la marihuana. En una sociedad toda-





vía parroquial, en el que se enseñaba que los indígenas habían sido embrutecidos por los alucinógenos del perverso Buziraco, que apenas si asociaba la “yerba” con unos sectores reducidos de viciosos o emancipados o con algunos usos de la farmacopea popular, poco se sabía del viejo negocio de los estupefacientes y de su espectacular desarrollo en medio de los conflictos armados de la guerra fría.

El tráfico de marihuana en Colombia surgió como un negocio regional, circunscrito especialmente a la costa Atlántica y dominado por unas viejas estructuras de señorío o patronazgo sujetas a unos roles y valores tradicionales. Estas estructuras, familiarizadas desde siempre con el contrabando de bienes y mercancías, afectadas entonces por la crisis de la agricultura algodonera, favorecieron la introducción y la producción de “yerba” en diferentes enclaves de la provincia, entre ellos, la Sierra Nevada de Santa Marta. La marimba producida era adquirida en el propio país por extranjeros, entre ellos por miembros de los cuerpos de paz, quienes eran los dueños de las rutas y de los centros de distribución en los Estados Unidos. Si algo reforzó la percepción sobre el carácter regional y estamental de la producción marimbera fue la resonancia que adquirieron las guerras entre familias guajiras, como

la de los Cárdenas y los Valdeblánquez, auténticas disputas por el honor y con la sangre nutridas con las economías de la marihuana⁴.

La condición marcadamente regional y estamental de la producción marimbera ciertamente la surtió de acentos míticos y legendarios que permitieron teñir como asunto cuasimágico su capacidad de birlar la acción del Estado. El tránsito de cargamentos de marihuana, la creciente introducción de dólares, su penetración al sistema bancario y financiero, su lavado por medio del contrabando consuetudinario de bienes y mercancías y las victimaciones por retaliaciones o “ajustes de cuentas” pasaron prácticamente inadvertidas para unas autoridades que en verdad eran altamente susceptibles al soborno. La magnitud de la bonanza marimbera pronto amenazó la estabilidad de la propia economía nacional, lo que obligó al gobierno de López Michelsen a crear la denominada “ventanilla siniestra” del Banco de la República, en capacidad de legalizar, controlar y normalizar las inmensas fortunas en dólares que estaban ingresando al país por vía del tráfico ilegal. La expansión del negocio, la necesidad de diversificar fuentes de producción y ru-

4 El efecto de las crisis económicas regionales en el origen de los diferentes focos de las mafias colombianas se encuentra en Darío Betancourt y Martha García. *Contrabandistas, marimberos y mafiosos*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994. Sobre la guerra entre las familias guajiras véase Nicolás Cárdenas y Simón Uribe. *La guerra de los Cárdenas y los Valdeblánquez. Estudio de un conflicto mestizo en La Guajira*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007.



tas de tráfico nacional, la omisión de las autoridades y la legalización subrepticia de capitales dudosos, permitieron que las riquezas de la marihuana llegaran a otras regiones y ciudades.

La plata de la maracachafa empezó a llegar a las ciudades del interior representada en liquidez inflacionaria destinada a pagar todo tipo de servicios, en bienes y mercancías de contrabando extremadamente baratos y en capitales ampulosos para negocios que irrigaron ciertos sectores económicos y poblacionales por vías legales e ilegales. Fue entonces cuando en las ciudades se hizo abierto y asequible un viejo mercado hasta entonces restringido y suntuario: el de los electrodomésticos. En efecto, la segunda mitad de la década del setenta trajo consigo una expansión inusitada de las ofertas en electrodomésticos, convertidos en objetos aspiracionales que, en medio de una sociedad de desposeídos de cualquier propiedad o de poseídos por todo tipo de deudas, favorecieron la creencia en la posibilidad de tener y acumular, erigiéndose al mismo tiempo en un marcador de estatus y prestigio en las microsociedades de barriada. El auge de electrodomésticos nos permitió pasar en pocos años de los tubos a los transistores, de las pasacintas a las grabadoras, de las radiolas a los equipos de sonido y de la restringida televisión a blanco y negro a la crecientemente masificada televisión a color de los años ochenta. Cómo no decir que nos convirtió en un cada vez más aislado territorio beta. Aunque pocas veces referida, la “revolución del electrodoméstico”



fue determinante: sembró entre la gente la posibilidad real de acceder a algo, profundizó la privatización de las existencias y abrió a las sociedades urbanas a las famosas “revoluciones de medios” que se sucederán en la radio y la televisión de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta⁵.

Pero las economías de la marihuana no sólo favorecieron la compra y venta de grabadoras, neveras y televisores. La marimba, que circulaba ante todo por las rutas de Centroamérica y el Caribe, puso en contacto a pequeños contrabandistas independientes y a intermediarios de grandes jefes con algunos centros estratégicos, entre ellos, Ciudad de Panamá y Colón en Panamá y Miami y Nueva York en los Estados Unidos. Por esta vía los traficantes tuvieron contacto con los estilos de vida de un tropicalismo de primer mundo: suburbios con mansiones soberbias, avenidas custodiadas por edificios de refulgentes vidriados, diseños interiores que hermanaban imitaciones clásicas con perendengues locales, hom-

5 Queda apenas como insinuación la tesis de Marvin Harris que identifica esta “revolución del electrodoméstico” en los Estados Unidos en los años cincuenta, ubicándola como una de las bases fundamentales para lo que fueron las revoluciones de los años sesenta. Cf. Marvin Harris. La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica. Madrid: Alianza, 1984.



bres y mujeres de atuendos vistosos con joyerías y bisuterías recargadas, grandes jeeps y camionetas. Este tropicalismo de primer mundo, que no dejó de suscitar fascinaciones en las oligarquías equinociales caribeñas durante todo un siglo, se convirtió en una de las fuentes inagotables del estilo arquitectónico narco-colonial que pronto habría de llegar a pueblos y ciudades colombianas aún cuando estuviesen encaramados en las más frías montañas.

Precisamente, el manejo de gruesas sumas de dinero en efectivo, la posesión abrupta y desmedida de electrodomésticos, el acceso a determinados atuendos y vehículos y, en los casos más visibles, la construcción o la adquisición de viviendas descomunales, advirtieron la presencia de “los tocados por el dinero mágico”, de los magios, aquellos hombres venidos de lejos o de la nada que de un momento a otro estaban sepultados en adquisiciones lujosas, en estilos de vida fastuosos y en existencias despilfarradoras. El magio fue lo único visible de una economía que, pese a la extensión de sus tentáculos, era invisible. De hecho, la excesiva visibilidad del magio frente a la escasa visibilidad de sus negocios lo hizo objeto del rumor, proclive a aumentar sus alcances pero, al mismo tiempo, eficiente para cautivar a nuevos aspirantes: el país supo del magio más por el rumor que por la certeza. Aunque desde comienzos de los años setenta la prensa hizo las primeras denuncias sostenidas sobre el negocio, tuvo que pasar prácticamente una década para que salieran a la luz los primeros estudios siste-

advirtieron la presencia de “los tocados por el dinero mágico”, de los magios, aquellos hombres venidos de lejos o de la nada que de un momento a otro estaban sepultados en adquisiciones lujosas, en estilos de vida fastuosos y en existencias despilfarradoras. El magio fue lo único visible de una economía que, pese a la extensión de sus tentáculos, era invisible.

máticos sobre el mismo, pero interesados más en sus dimensiones económicas y macroeconómicas⁶. Tan sólo en los años ochenta, cuando el negocio prácticamente agonizaba, apareció una versión televisiva sobre los marimberos basada en la novela recién aparecida de Juan Gossain “La mala yerba” (1982).

Sin embargo, el derroche de los traficantes, la competencia directa generada por los cultivos marimberos en los Estados Unidos, las desventajas del tráfico de marihuana frente a las ventajas de la coca que fuera por una década su “ahijada en la sombra” y las fumigaciones con DDT y Paraquat promovidas por una cada vez más agresiva política antidrogas norteamericana, fueron eclipsando progresivamente a las economías de la marihuana colom-

6 Las primeras denuncias sostenidas en los medios fueron realizadas por la Revista Alternativa. Un primer estudio sistemático lo realizó la Asociación Nacional de Instituciones Financieras ANIF. Marihuana: ¿Legislación o represión? Bogotá: ANIF, 1979.



biana a comienzos de los años ochenta. En algunos casos el magio fue asesinado, desertó o simplemente descendió a la cadena delincencial corriente; en otros casos el magio se reinventó convirtiéndose en un genuino narco. De la marimba a la coca obviamente que hubo un cambio sustantivo en el negocio, pero también en la misma sociedad colombiana.

Los narcos

Desde el inicio mismo de la explotación de la marihuana los traficantes avizoraron el potencial de la cocaína. Como en el caso de la marimba en la costa Atlántica, el desarrollo y la consolidación del tráfico de coca, de pasta y de cocaína tuvo en medio la crisis de distintas economías regionales, como la textilera en Antioquia y la azucarera en el Valle del Cauca. En el caso antioqueño, la crisis económica profundizó las condiciones de pobreza de la ciudad de Medellín, lo que favoreció el aumento de cordones de miseria, de barriadas sufrientes y de entornos proclives a bandas organizadas cooptadas por el negocio de la marihuana: la vieja vida maleva, surgida del desarraigo de los campesinos provocada por la industrialización de los años veinte y treinta, cedió a la vida malandra de los jóvenes surgidos de la ausencia de oportunidades y del desencanto de la política de los años sesenta y setenta. En el caso vallecaucano, la crisis económica alcanzó incluso a miembros de unas clases medias bajas que, en algunos casos asalariados y en otros igualmente partícipes de bandas organizadas

cercanas a la marihuana, se encontraron con escasas expectativas de futuro. En los dos casos eran insolencias en medio de unas sociedades regionales que conservaban fuertes rezagos estamentales, dominadas por unos viejos linajes históricos, que acumulaban de manera desproporcionada tanto la riqueza rural como la urbana, de donde habrán de salir de sus pobrezas Pablo Escobar Gaviria y Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, barones entre tantos varones que harán del narco todo un estilo de vida⁷.

En medio de esta situación de crisis regionales, pobladores de todas las clases y condiciones del valle del Aburrá, del eje cafetero y del valle del Cauca salieron hacia los Estados Unidos por medios le-

7 Dentro de los estudios más representativos sobre los jóvenes de Medellín y Cali en medio de las espirales del narcotráfico están los de Pilar Riaño. Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Universidad de Antioquia, 2006 y Adolfo León Atehortúa. La violencia juvenil en Cali. Cali: Secretaría de Gobierno Municipal, 1992.





gales e ilegales, decididos al rebusque, a la delincuencia común o a trabajar como mulas del apenas visible negocio del tráfico de cocaína. Los jóvenes desarraigados por la desilusión y la aventura se fueron al corazón del consumo de estupefacientes, reconocieron sus ciudades, delinquieron en sus calles y adquirieron la experiencia suficiente para hacerse a unas redes de distribución que empezaron a nutrir una vez regresaron a Colombia donde simultáneamente emprendieron la progresiva acumulación de la hoja y la pasta procedentes de Perú, Bolivia y en menor medida del propio país. En el curso de unos pocos años, antiguos jóvenes que habían sido reos o prófugos de la justicia estadounidense estaban de regreso en el país como prósperos propietarios, en una especie de “parábola de los hijos prolijos”, una versión invertida del pasaje bíblico del “hijo pródigo”: críos expulsados por las desventuras de la madre patria, enriquecidos de manera superlativa por un negocio de vicio y ocio, que regresaron al seno familiar con orgullo y dispuestos a afianzar el mismo discurso parroquial y patriotero que para entonces exaltaban unas élites venidas a menos en procura de unos regionalismos y nacionalismos que avivaran

una sociedad económicamente asolada y políticamente claudicante.

Pero mal puede decirse que los narcos llegaron a pervertir un país inocente. El fin del frentenacionalismo puso en evidencia las peores nocividades de la alternancia política: partidos con programáticas disueltas, expuestos a competir maximizando el clientelismo en sus nichos burocráticos, sometidos a invertir de manera desaforada para conseguir electorado y que, luego del fracaso reeleccionista de Lleras Restrepo y de López Michelsen en el liberalismo y de las derrotas de Gómez Hurtado en el conservatismo, quedaron huérfanos de esos linajes estamentales que decidían de manera unánime el orden de sucesión a los cargos de elección o nombramiento. El aperturismo no pudo aprovechar la liquidez excepcional de divisas que produjeron las bonanzas legales y legalizadas para transformar el modelo económico y, por el contrario, favoreció la tendencia oligopólica del sector industrial y la acumulación descontrolada del sector financiero al tiempo que permitía el aumento de la inflación, la depreciación de salarios y la pérdida de capacidad adquisitiva de los trabajadores. En medio de las contradicciones políticas y económicas que favorecían a unos cuantos, los gobiernos emprendieron la represión brutal del descontento social sometiéndolo con políticas de aseguramiento interno anticomunistas de corte netamente terroristas. El clientelismo político, el desajuste económico y el aseguramiento criminal de la vida pública fueron las fisuras por donde penetraron los narcotraficantes a los cam-



pos dominantes de la sociedad colombiana, tránsito que los convirtió en políticos populistas, en empresarios monopolistas, en consumidores arribistas y en ciudadanos reaccionarios y conservadores. No es extraño que coloquialmente se diga que ha sido tal la perversión de nuestros políticos, de nuestros hombres de fortuna y de nuestras instituciones que terminaron pervirtiendo a los propios narcos.

En estas fisuras tan profundas como nuestra historia y tan amplias como nuestras desigualdades se establecieron los circuitos de recambio que permitieron desplazar o sustituir un mercado cerrado de privilegios y de méritos por un mercado abierto de estatus y prestigios. Los narcotraficantes apelaron a estos circuitos inicialmente con el fin inmediato de lavar valores económicos y posteriormente con el objetivo de blanquear valores sociales: lavado y blanqueo operaron como los mecanismos que pudieron acelerar la conversión de valores económicos en valores sociales, en últimos, se constituyeron en los medios específicos que interpusieron los narcotraficantes para derogar la de por sí frágil creencia en la moratoria social. De este modo, lavado y blanqueo urgieron efectividad en la generosidad para garantizar lealtad auténtica en las relaciones (compensación), revistieron de honestidad a los capitales mal habidos para arrojarle honorabilidad a la adquisición exagerada (orgullo), obligaron a la modestia de tener menos de lo que realmente se podía gastar y a la moderación de gastar menos de lo que realmente se podía tener que, por la magnitud de su negocio en un

No es extraño que coloquialmente se diga que ha sido tal la perversión de nuestros políticos, de nuestros hombres de fortuna y de nuestras instituciones que terminaron pervirtiendo a los propios narcos.

país de miserables, fue en uno u otro caso tener y gastar de más (ostentación) y convirtieron los juicios absolutos en contra de la perversión de la droga y sus delitos en afirmaciones relativas o provisionales que en últimas podían variar dependiendo del lado de la frontera desde el cual se profirieran (moral fronteriza).

Precisamente, la conversión de valores por medio del lavado y el blanqueo transformó al mago en narco: del hombre que hacía magia consigo mismo en una realidad cruda al hombre que con crudeza hacía mágica la realidad de muchos. Esta conversión comenzó orientando el lavado y el blanqueo hacia unos sectores económicos legales cuyas formas de acumulación no obstante eran prácticamente esotéricas, propicias para insuflar grandes cantidades de capital con mínimas prevenciones. Entre estos sectores estaba la finca raíz urbana sometida de manera permanente a la especulación, la finca raíz rural afectada históricamente por la violencia, los equipos de fútbol soportados en la flexibilidad del valor de los jugadores y en inciertas taquillas domingueras, los toros de lidia y los caballos finos con sobreprecios inherentes a las



artes taurinas y equinas, las piedras preciosas, particularmente las esmeraldas, sujetas al comportamiento inestable de las zonas productoras y de las cadenas de comercialización. Las medidas de los gobiernos de los años setenta y de comienzos de los años ochenta favorecieron aún más la “esoterización” de otros sectores económicos, entre ellos, de algunos campos de la producción industrial y del comercio, de un sistema bancario y financiero descontrolado y agiotista y aún de los propios medios de comunicación, con lo cual abrieron los espacios necesarios para nuevas incursiones de los narcotraficantes. Además, la propia injerencia de capitales ilícitos no sólo profundizó la “esoterización” de estos sectores sino que la transmitió a otros. La “economía esotérica” se erigió, de este modo, como la portentosa piedra angular de unos mecanismos de lavado y de blanqueo en capacidad de convertir de manera rápida valores económicos y sociales.

Para los narcotraficantes la inversión de “dineros calientes” en los diferentes sectores de la economía no sólo supuso el acceso a determinados derechos de propiedad y la adquisición de bienes y mercancías sino igualmente su vinculación con unos medios sociales que los acogieron sin prevención o con absoluta aquiescencia, haciéndolos partícipes de unos estilos de vida comunes. Fue entonces cuando viejos hacendados, curtidos funcionarios del alto gobierno, empresarios de vieja estirpe y nacientes “yuppies” criollos conocieron a estos hombres afortunados no siempre bien hablados,

Precisamente, la conversión de valores por medio del lavado y el blanqueo transformó al mago en narco: del hombre que hacía magia consigo mismo en una realidad cruda al hombre que con crudeza hacía mágica la realidad de muchos.

muchas veces a gusto con el whisky con Coca-Cola, perseverantes en las modas rocambolescas de los años setentas, guapos de otrora dirían algunos, pero que forrados en una plata siempre escasa en un país en crisis, bien podían hacer parte de los círculos cercanos, quizás dentro de las infaltables amistades pudientes de campo o de provincia. Unos narcos, con resquemores, aceptaron estos círculos, los auspiciaron; otros, más sensibles, desistieron de ellos inventándose su propia clase de hacendados, funcionarios y empresarios; no faltaron quienes se mantuvieron en sus raíces o volvieron a ellas, menos dispuestos a modernizarse en la ciudad, más decididos a reinventar viejas estructuras de señorío en las provincias. De cualquier manera, fue en estos años prístinos del mercado de conversión por lavado y blanqueo que surgieron los primeros grandes edificios sobre inmensas avenidas, las grandes adquisiciones rurales en regiones como el Magdalena Medio y el valle del Cauca, las inclinaciones por la crianza o la lidia de toros, las fotos con reputados caballistas, las relaciones públicas con uno que otro periodista o



artista y las conexiones con los patrones esmeralderos; de estas últimas, precisamente, surgió uno de los hitos del narco de los ochenta: José Gonzalo Rodríguez Gacha, alias “El Mexicano”.

El narco, aún en estos años finales del setenta, seguía siendo un hombre de su entorno básico, más cercano a sus orígenes que a sus aspiraciones. No obstante, sometido como estaba a las creencias de una sociedad estamental que no pretendía derruir sino reedificar, el narco supo que en un medio así el lavado y el blanqueo no conseguían plenamente su cometido si no se accedía al reconocimiento público con aclamaciones. Por esta sociedad estamental, de naturaleza marcadamente patriarcal, supo que este reconocimiento sólo se hacía manifiesto en toda su dimensión si el lavado y el blanqueo mostraban la misma efectividad en la conversión de patrimonios en matrimonios o, en una forma más descarnada, si los capitales mal habidos resultaban igualmente eficientes para esa práctica fundamental en cualquier sociedad de machos: el intercambio de mujeres. Porque en las sociedades estamentales la mujer discurre como objeto que no sólo identifica a un hombre con un estamento en particular sino que le permite a éste aspirar en sí mismo o por interpuesto descendiente a un estamento diferente.

En una sociedad donde los mercados económicos y sociales habían amojonado tan estrictamente los mercados patrimoniales y matrimoniales, el privilegio o el mérito de desear, querer o amar no eran otra cosa que sagas extensas de pavoro-



sas vicisitudes que sostenían a una vieja tradición de boleros y mariachis, que aupaban a una nueva generación de baladistas de maquillajes recargados, que encumbraban a best seller cada libelo de Corin Tellado, que animaban unas radio-novelas vespertinas con la voz de Gaspar Ospina y que cultivaban el ambiente para lo que serán los culebrones de Delia Fiallo en la televisión de los ochenta. Pero al final, la misma historia: el amor meritorio siempre tenía oculto un privilegio (el pobre en últimas era rico pero nadie lo sabía), el amor privilegiado se presentaba meritorio en sí mismo (el rico en últimas supo amar cuando tuvo el mérito de abandonar la vida calavera) o el amor trágico, que se quedó en el fondo de las copas, porque pese a su recurrencia tuvo poca circulación en los medios con excepción, precisamente, de algunas novelas colombianas (el pobre que nunca sería rico ni casado porque sólo era “amor de pobre” o que cuando casaba sólo era “malquerido” como en esos boleros magistrales de Felipe Pirela). Los narcos igualmente pudieron transar esos valores tan huma-



nos para surtirlos con toda la fuerza de la compensación, el orgullo, la ostentación y la moral fronteriza: las mujeres serían adquiribles, exhibibles, ostentosas y, en contra del conservadurismo del matrimonio, amantes libertinas y liberadas. De paso, estos valores fueron instaurando lo que en diferentes contextos se conoce como el mundo narcochic, el paroxismo consumidor que no sólo irrigó de capitales mal habidos los negocios de ropa, de joyería y de bisutería sino que terminó rubricando determinados estilos y diseños.

Ningún nicho pudo albergar mejor estas pretensiones que los reinados de belleza, esa pretérita y abrumadora tradición nacional que nos ha llevado a instaurar monarquías por todos los buenos frutos que supo darnos el designio de Dios o la selección natural, que para las reinas de cualquier modo son lo mismo pero invertido y viceversa. En este ámbito precisamente se conectaron las “economías esotéricas” con los “mercados de intercambio de mujeres”: en los reinados de región, en los reinados de cualquier cosa, pero sobre todo en el reinado de Cartagena, los narcos encontraron el espacio para el lavado de capitales, para el blanqueo de imagen y para la adquisición de mujeres, todo encubierto con un decorado festivo salpicado de élites caducas y de clases emergentes. Las reinas de belleza, expuestas a las insolvencias de unas rentas departamentales siempre deficitarias, cada vez más sometidas a incrementar presupuestos para una fiesta desmedida en gastos de todo tipo, encontraron en los narcos mecenas dispuestos a invertir con

Los narcos igualmente pudieron transar esos valores tan humanos para surtirlos con toda la fuerza de la compensación, el orgullo, la ostentación y la moral fronteriza: las mujeres serían adquiribles, exhibibles, ostentosas y, en contra del conservadurismo del matrimonio, amantes libertinas y liberadas.

pretensiones, obvias, de siempre recuperar, por ejemplo, convirtiéndolas en “mulas”⁸. Nada ilustra mejor la confluencia de estos dos mercados que la vieja anécdota, narrada por tantos autores, sobre el regalo que le hicieran unos narcos a su propio trabajador enriquecido el día en que éste casara con una ex reina de belleza: le regalaron un ajedrez con piezas en oro para que se diera cuenta “que un peón si se podía comer una reina”. Pero este auténtico mercado de mujeres no se detuvo en Cartagena: se extendió en distintas formas por todas las regiones, mediante las abominaciones del secuestro o del robo de jovencitas, por medio del contrato comercial con afamadas actrices, modelos y reinas que habrían de crear el negocio de las “prepagos” o con el clásico flirteo del hombre de éxito que porqué no decirlo fue suficiente para encantar y enamorar a mujeres exclusivas como la misma Virginia Vallejo.

8 Un análisis detallado se encuentra en Ingrid Bolívar. *Pasarela paralela: escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2005.



Los narcos, por medio de las “economías esotéricas”, fueron colonizando nuevos espacios sociales, ganando reconocimiento y reputación, haciéndose al “doctor” o al “don” que son tan de nuestra cosecha de investiduras majestuosas que a pesar de ello no tienen majestad que las presida. La resistencia en distintos espacios fue mínima y, cuando la hubo, fue menos por alguna postura ética contra el oficio de traficar y más por la perseverancia de viejas creencias sobre la preeminencia del estamento o sobre la primacía inveterada de la clase: el nuevo rico bien podía hacer lo que se le viniera en gana, porque el problema radicaba en que no tenía el apellido, el porte o la compañera legítima que garantizara la admisión. Pero poco importó, porque espacios tan exclusivos bien podían ser emulados por los narcotraficantes en todas sus pretensiones, quizás no para alojar prestantes familias, que aun así no faltaron, mejor para alojar a esas clases medias altas que se veían favorecidas por los capitales del narco, entre ellos, los políticos, ellos mismos una caricatura de los políticos de otrora. Además, tampoco hacía falta la exclusividad de los clubes en unas ciudades que desde finales de los años setenta habían adquirido cierto sabor cosmopolita, especialmente en materias de diversión y esparcimiento, abiertas a nuevos espectáculos, entre ellos, los cafés concierto, donde se dice iban los narcos especialmente motivados por sus amigos, amores o amantes. De manera paulatina el narco fue asumiéndose en los patrones de esa mafia que conociera apenas por las pelí-



culas, al punto que empezó a convertir al Vito Corleone escrito por Puzzo y cinematografiado por Coppola en una referencia para sus propios estilos de vida.

Pero los narcos no aspiraban sólo a la ciudad. Convencidos por la sociedad estamental de las dignidades que confiere la gran propiedad rural, los narcos emprendieron la ampliación de viejas posesiones o la adquisición de unas nuevas tanto en sus lugares de raíz como en otros parajes: esta decisión será especialmente calamitosa para el país, porque en ella estarán los orígenes del narcoparamilitarismo. De este modo los narcos pudieron reeditar o reforzar viejas estructuras de señorío, cargadas con todas las herencias de nuestra provincia, tinturadas con la imagen del suburbio emergente de Miami pero sobre todo inmersas en unas ensoñaciones de lo mexicano imbuidas de rancho y de frontera, de festivales populares y de ferias ganaderas, de compadrazgos y de ejércitos de cantina. De aquí surgirá la hacienda Nápoles de Escobar, con su colección de animales exóticos vivos, de animales prehistóricos de cemento, con sus lagos y bosques y, obviamente, con sus preciadas antigüedades: el viejo carro en que abatieran a “Bunny and Clyde” (o quien quiera que haya muerto en él, porque a secas se ve que murió a balazos) o la avioneta sobre el pórtico en



la que aparentemente el narco envió su primer cargamento. De aquí surgirá también la hacienda Cuernavaca, la joya de la corona de Rodríguez Gacha, una exaltación exagerada de una “mexicanidad” que parecía controvertir los estereotipos de ese campesinado andino tan sometido a valores consuetudinarios que lo convirtieron en legalista, temeroso, poco frentero, obligado a la pura supervivencia y signado por la desgracia. La “mexicanidad” reivindicada era la del “mero mero” que no temía la trasgresión de la ley, que encumbraba la valentía, que tenía por máxima pena la traición, que tenía en sus manos su propia destino, que no era esclavo de la tierra sino que hacía de ella lujo y ostentación y que no admitía la desgracia sino para los viles, porque para los decididos estaba destinada la tragedia. Sólo un campesino con estas creencias podía alfombrar la caballeriza de su máspreciado corcel.

Mientras los narcos tejían urdidos nudos con diferentes espacios económicos, sociales y políticos, el país recibía los ochenta con una desazón que más vale no reiterar, gobernado por un Julio César que no conocía de Galias sino de ocurrencias galimatías que distraían a la opinión de esa política de Estado decidida a confinar y torturar disidentes en cantones militares, guerra sucia dirigida especialmente contra el M-19. “El Eme”, que prohibía que una revolución en el trópico debía ser ante todo un acto carnestoléndico que no habría de conducirnos a los gélidos parajes del Estado socialista sino a un cálido Estado democrático que permitiera la re-

distribución justa de las fastuosas riquezas nacionales, pronto supo que el país estaba en vías de la “farandulización” y de la “narcotización” y decidió sacar provecho de ello. De allí que sus acciones espectaculares pretendieran el cubrimiento de los medios, lo que la llevó incluso al secuestro de periodistas y presentadores, entre ellos, del más popular animador de la televisión nacional de entonces, Fernando González Pacheco, el hombre de “Animalandia”, el mismo que por años habría de prometerle suertes a todos con la Lotería de la Cruz Roja. De allí también surgió uno de los principales errores de “El Eme”: aspirar al capital ilícito para financiar la revolución, secuestrando a los narcos o a sus allegados, entre ellos a Martha Nieves Ochoa, hermana del clan de los Ochoa. Los narcos respondieron montando una compleja estructura financiera y logística que inicialmente consiguió liberar a la secuestrada pero que ahí mismo se convirtió en el primer ejército narcoparamilitar: el Muerte a Secuestradores MAS. Con el MAS los narcos entraron en confrontación directa con “El Eme” que amenazaba su riqueza urbana pero también con las FARC que estaban reticentes a admitir los cultivos y laboratorios de coca que estaba apareciendo en la provincia colombiana producto de la presión de la política antidrogas norteamericana sobre la producción peruana y boliviana. Pero ante todo, con el MAS, los narcotraficantes le dieron al establecimiento toda la capacidad de desafuero para exterminar la movilización social y la izquierda democrática organizada.





Todo este ritmo inatajable del narco resulta incomprensible sino se señala que en el seno de la propia “sociedad de los buenos y legales” no faltaban sectores decididos a erosionar aún más esos mismos valores consuetudinarios tan pelechados por los barones de la droga. La primera mitad de los años ochenta trajo consigo una serie de escándalos de magnitudes nacionales: Jaime Michelsen Uribe con sus monumentales autopréstamos en el Grupo Grancolombiano, Roberto Soto Prieto con su descomunal robo al Chase Manhattan Bank y Monseñor Abraham Gaitán Mahecha captando masivamente dineros en esa gran pirámide que terminó siendo la Caja Vocacional, entre otros. No era la primera vez que se desfalcaba, robaba o captaba ilegalmente en el país, pero la repercusión masiva de los escándalos en una sociedad cada vez más atenzada por los medios de comunicación hizo demoledora la escena donde los hijos de los elegidos, de prestantes familias, de reconocidos periodistas o de la Santa Madre Iglesia, tomaron la vida rápida para acumular de manera criminal. En las ciudades las gentes empezaron a hacer catarsis de su indignación o de su resentimiento, las mayorías en la privacidad de sus casas, frente a esas pantallas de televisión cada vez más convertidas en confesionario y plaza pública, los únicos que quedaban

en medio de una sociedad con mínima capacidad de protestar ante el cerco faccioso de agencias como el F-2.

En este telón de fondo de estamentos corruptos y venidos a menos el narco pudo cultivar con exageración sus estilos de vida, recibiendo en muchos casos el favor de la opinión corriente o aún de la propia opinión mediática, que alcanzaron a considerarlos bastiones de unos valores en retirada y, en algunos espacios, como verdaderas bendiciones del cielo. En efecto, el lavado y el blanqueo, que permitieron a los narcos acceder a empresas, a círculos sociales, a mujeres y a propiedades, también les permitieron intervenir en el propio mercado de bienes de salvación, derogando aún las propias moratorias supramundanas, permutando caridad y beneficencia por gracias y, como en el caso de Escobar, casi por la santidad misma una vez muerto (como Jesús Malverde, San Malverde, el contrabandista mexicano). Las limosnas de los narcos fueron desde el comienzo bien recibidas por curas y monjas que las consideraron saludables retribuciones cristianas. Las donaciones en efectivo y al instante a los damnificados del terremoto en Popayán en 1983 fueron vistas con ojos agradecidos por un país embebido en la solidaridad por Colombia (algo en lo que igualmente ayudaron las teletones





y las carreras C-100). La construcción de barrios pobres fue agradecida por todos aquellos que aspiraban a una Medellín sin Tugurios. Todo esto sin contar que el combate de los narcos contra los secuestradores tan propicio para la seguridad nacional, su emprendimiento en medio de una campaña a favor de lo hecho en Colombia y su iniciativa de pagar la deuda externa nacional, si bien suscitaron prevenciones o advertencias en algunos, no dejaron de despertar sentimientos favorables entre distintas mayorías. En últimas, el poder descomunal de unos mecanismos de lavado y blanqueo había alcanzado dimensiones inimaginables.

Al mismo tiempo, los narcos pudieron asentar sus estilos de vida con cierta fluidez porque éstos fueron consecuentes tanto con unas viejas estructuras de señorío propias del mundo rural como con unas urbanizaciones masivas y aceleradas que, empujadas por la violencia, trastocaron cualquier posibilidad de proyecto urbano consistente. Los planes urbanísticos, que nacían prácticamente yertos, dejaron que en el desorden de las

ciudades propiciado por los especuladores de tierras plantaran con certeza sus inmensas propiedades los nuevos ricos del narcotráfico. La arquitectura, venida a menos por un mercado constructor implacable con la función urbana, recibió unas veces impávida y otras veces con alborozo la presencia del barroquísimo estilo narco-colonial caribeño o del fulgurante estilo “mayami” envidriado. Los comerciantes de todo tipo de bienes y servicios, sometidos históricamente a la restricción del consumo suntuario, dispensaron sin miramientos todo tipo de excentricidades a las billeteras sin fondo, en especial amoblados, vestuarios y vehículos. Sólo en el caos urbano, tanto más visible en unas ciudades que en otras, pudieron penetrar los narcos con facilidad o con escasos miramientos. De hecho ellos mismos disfrutaron de dos características fundamentales de la ciudad colombiana de la segunda mitad de siglo: el distanciamiento y el confinamiento casi absoluto de las clases urbanas en virtud de sus posesiones y en detrimento de los espacios públicos colectivos y compartidos.

Pero el narco no sólo terminó validando su esquema de producción de estatus y prestigios sino que finalmente favoreció su legitimación por medio de distintas expresiones estéticas. En una sociedad con fuertes rasgos estamentales la experiencia estética estaba sometida a los valores consuetudinarios que dispusieron para unos la moderación que permitía la contemplación y para otros la modestia que no era otra cosa que supina ignorancia. La moderación contemplativa supuso una



inclinación a adquirir sólo en función del valor estético que era, no obstante, un valor esotérico, pues no entrañaba un uso particular que no fuera la contemplación misma. La modestia ignorante supuso una inclinación a adquirir sólo en función del uso particular que, desprendido de cualquier esoterismo, no implicaba por lo mismo estética alguna. El privilegio y el mérito, monedas indispensables de cambio, permitían a unos “estetizar” los usos aún cuando estuviesen sometidos a la carencia y a otros “utilizar” las estéticas cuando alcanzaban alguna capacidad de tenencia. De cualquier manera, uno y otro hicieron del arribismo un ideal estético, en unos como pretensión de ser lo que se había dejado de ser, en otros como pretensión de ser lo que nunca se había sido, en últimas, una práctica vergonzante propia de quien no tiene nada para moderar o de quien pretende escabullirse de la condición modesta⁹.

Precisamente, el lavado y el blanqueo le permitieron a los narcos desprender al arribismo de su condición vergonzante para erigirlo como práctica desvergonzada: sometidos ellos mismos a los efectos de la rápida conversión de valores económicos y sociales se encontraron de frente con un mundo de riquezas por adquirir pero desde su posición antigua de desposeídos o de deseantes. En principio adquirieron en demasía lo inmediato, lo que siempre habían tenido cerca en su pobreza; luego, en la medida que iban abriéndose al mundo, fueron adquiriendo lo que era demasiado para cualquiera, aún para la más boyante riqueza. A los narco les

fue impuesta como moda lo que para entonces era obsoleto e impusieron como moda lo que para entonces ni siquiera se había inventado. Esta situación los condujo a blindar las cosas más triviales con una riqueza inusitada, un modo extraño de pretenderle valores esotéricos a lo corriente, que los llevó a recubrir con oro inodoros y grifos sanitarios. Esta situación igualmente los condujo a adquirir como trivialidades las cosas más esotéricas, que los llevó a almacenar como inventarios de granero objetos de colección como los caballos finos (que conocían bien), los automóviles clásicos (que conocían menos) y algunas obras de arte (que no conocían nada y que de cualquier manera serán más asunto de traquetos y de traquetos engañados por un pobre mercado de arte como el nuestro). Los narcos no dudaron siquiera en consagrar las huellas de su propia vida criminal, convirtiendo en objeto de exposición una avioneta, engallando un revólver en esmeraldas, replicando en fotografías a los viejos revolucionarios mexicanos de los tiempos de Pancho Villa o a los gansters del Chicago de los años veinte y treinta. Nada mejor para un museo de las estéticas de lo inmediato que esa “cárcel de máxima seguridad” que era La Catedral.

Esto hizo que los narcos fueron especialmente sensibles a las expresiones populares, a las que afectaron en sus formas convirtiéndolas en espectáculos

9 Cf. Pierre Bourdieu. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1999.





y en sus contenidos imponiéndolas como testimonios de su propia existencia o de sus estilos de vida. De entrada habría que nombrar a los denominados narcocorridos, producto importado de México en los años setenta quizás por el mismísimo Rodríguez Gacha, interpretados por unas agrupaciones cuyas indumentarias no son otra cosa que la “barroquización” de las prendas de rancho comunes en el norte de México y el sur de los Estados Unidos. El narcocorrido, que recuperó esa vieja tradición del romancero vulgar andaluz del siglo XVIII que cantaba a bandidos y rebeldes, se convirtió en el medio de exaltación de los valores sustantivos de la vida narca¹⁰. Con el narcocorrido, tan propio de una cultura popular a la que los estereotipos nacionales siempre concibieron vinculada al sentimiento mexicano, también prosperó la salsa, menos evidente, más sutil, pero igualmente utilizada por los narcos para definir sus relaciones particulares con el terruño, con el dinero, con las vicisitudes de la vida y obviamente con las mujeres. De hecho, de uno de los temas de la afamada orquesta de Jairo Varela, el Grupo Niche, se dice que es un auténtico testamento de un narco para su hijo: “Luz, dale luz a tus sentidos, cógelas

con sabia fresca de aquel árbol, imaginación, acudo en el peligro, sobrio cuando tomes decisiones, salvo preparando el camino, amigo, saber cuál es el amigo, no hagas caso al que es mezquino, toca la puerta al buen vecino, anota en tu memoria las traiciones, considera injusta las razones...”

Pocos en el país que abandonaba los setenta y entraba a los ochenta pudieron evidenciar el ascenso raudo de unos estilos de vida propiamente narcos pero sobretodo lo que éstos podían depararle a la sociedad colombiana. La prensa, especialmente la escrita, apenas alcanzaba a identificar las huellas más visibles del negocio sobre el grueso de la economía y en el discurrir político de algunos enclaves regionales particulares. De resto, el trasegar de los narcos era más asunto de rumor o de chisme, en muchos casos causa de celebraciones y en otros simplemente de indiferencia. En una sociedad donde la criminalidad era corriente pero a pesar de ello poco conocida en sus vísceras, la imagen de la delincuencia organizada en la opinión mediática estaba consignada en las emisiones radiales de la “La ley contra el hampa” y en los cada vez más apabullantes enlatados televisi-

10 Sobre el narcocorrido se encuentran trabajos como los de Luis Astorga. “Los corridos de traficantes de drogas en México y Colombia”. En: Documentos del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1997. Carlos Valbuena. “Narcocorridos y Plan Colombia”. En: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, No. 3, 2004. Carlos Valbuena. “Ética y corridos prohibidos”. En: Revista Conciencia Activa, No. 8, 2005. En Colombia están los trabajos de Carlos Páramo.



vos procedentes de los Estados Unidos: hombres oscuros, rodeados de unos pequeños matones, habitando abandonados callejones y haciendo el trabajo sucio de grandes señores rodeados de mansiones y lujos. En medio de esta miopía sólo el teatro fuerte, que permanecía renuente a la comercialización de los escenarios que tanto cautivaba a unas clases medias y altas abatidas, pudo establecer un retrato eficiente del narco: en 1980 el Teatro La Candelaria puso en escena “Golpe de suerte”, de Santiago García, nuestra primera *Bildungsroman* del mafioso, al decir de Lucía Garavito, que escenificó precisamente el discurrir de unas existencias expuestas progresivamente a los entresijos de la vida mafiosa¹¹.

Pero todo esto empezó a cambiar desde 1983. Por un lado, la penetración cada vez más evidente de la producción coquera a territorio colombiano supuso las primeras rencillas entre guerrilleros y grupos de narcotraficantes que empezaron a robustecer bandas de crimen urbano y rural convirtiéndolas en verdaderos ejércitos de narcoparamilitares. Por otro lado, la creciente presión de los Estados Unidos llevó al propio gobierno colombiano a emprender medidas de represión contra cultivos y laboratorios. Finalmente, algunos periodistas y políticos empezaron a denunciar con más vehemencia la presencia del narcotráfico en diferentes sectores de la vida nacional. Uno de estos denunciadores fue precisamente el Ministro de Justicia del gobierno Betancur, Rodrigo Lara Bonilla, quien lanzó desde su nombramiento fuertes señalamientos



contra los barones de la droga. El 30 de abril de 1984, pasadas las 7:00 pm., el Ministro Lara Bonilla fue asesinado en la ciudad de Bogotá, acontecimiento que en el instante supuso una declaratoria de guerra entre el Estado y los narcos. El día de las honras fúnebres, el propio presidente Betancur señaló que habían acabado los tiempos de departir con los narcos y habilitó el tratado de extradición firmado por Colombia con los Estados Unidos desde 1979 y que aún entonces estaba a la espera de pronunciamiento de la Corte Suprema de Justicia.

Fue la guerra la que puso en evidencia la magnitud de la penetración de los narcos a la sociedad colombiana, pero no sólo en sectores acomodados de la economía y la política, sino también entre diferentes sectores de la clase media dedicados al testaferrato y entre las clases populares más pobres, donde el esquema de valores de los narcos había terminado imponiendo un estilo de vida aterrador: el

11 Lucía Garavito. “Aquí no ha pasado nada”: narcotráfico, corrupción y violencia en Golpe de suerte y El Paso de La Candelaria. *Latinamerican Theatre Review*, Spring 1997.



del sicariato. En efecto, desde el asesinato de Lara Bonilla, se hizo evidente que décadas de abandono oficial, de miseria rampante, de existencia de bandas criminales y de penetración de insurgencias urbanas habían terminado convirtiendo las barriadas pobres de ciudades como Medellín en escenarios para unos jóvenes que, descreídos de esos valores consuetudinarios siempre insuficientes cuando no inanes, se habían convertido en mercenarios de los narcos para los cobros, los ajustes de cuentas, las intimidaciones a competidores locales y, desde la guerra misma, en armas letales contra los representantes del gobierno, la política, los medios y la academia. La extinción de la moratoria social, que entre los narcos supuso acceder a prebendas, para los sicarios supuso la proximidad o la cercanía recurrente de la muerte¹².

La guerra puso en vilo temporal los valores de la vida narca: cuestionó la vigencia de la compensación, del orgullo, de la ostentación y de la moral fronteriza. En medio de las persecuciones los narcos se fueron enfrentando con la traición, con la indignidad, con la pobreza y con el señalamiento de una moral unilateral. La fragilidad en los valores que habían soportado sus creencias más profundas restituyeron a los narcos a unos espacios que conocían desde antaño, a esos donde desde siempre la sociedad de padecientes, habitualmente los más pobres, habían resuelto la crisis de los valores consuetudinarios: a las prácticas de la religiosidad popular, de la magia y la brujería. En medio de la incertidumbre, los

Fue la guerra la que puso en evidencia la magnitud de la penetración de los narcos a la sociedad colombiana, ... entre las clases populares más pobres, donde el esquema de valores de los narcos había terminado imponiendo un estilo de vida aterrador: el del sicariato.

narcos robustecieron sus viejos circuitos mágicos en procura de bloqueos, de amparos y de rezos que les restituyeran la invisibilidad agotada por la sobreexposición pública. En la guerra entre carteles, Cali y Medellín se vieron inundadas de rezanderos, brujos y aún de sacerdotes vudús y otro tipo de santeros que, en últimas, tuvieron un efecto determinante: esoterizar la propia imagen del narco al punto que nunca se creyó totalmente en su muerte (como Rodríguez Gacha) o que su muerte lo condujo al mausoleo tan apreciado por muchos de los santos malditos (como Escobar Gaviria).

En medio de la crudeza de la guerra el país fue identificando las siempre rumoradas pero nunca bien conocidas entrañas de los estilos de vida narco, unas veces con realismo descarnado, otras con estereotipos recurrentes, no siempre de manera abierta sino como pretexto para

12 Cf. Elsa Blair. Muertes violentas. La teatralización del exceso. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2005. Igualmente véase Riaño Alcalá, op. cit.



distintas historias. La primera puesta en escena corrió nuevamente por cuenta del Teatro La Candelaria con la obra de Patricia Ariza “El paso” (1988), que mostró la vida narca descompuesta en corrupción y terror en capacidad de amenazar la existencia de todos los estamentos y las clases sociales¹³.

Le siguió a este esfuerzo la televisión, con dos seriadados dirigidos por Carlos Duplat Sanjuán, “Amar y vivir” (1988) y “Cuando quiero llorar no lloro” (1990), dos producciones sostenidas en la idea del sino: en la primera se muestra a la clase humilde que, pese a sus ideales y convicciones, de sus sueños y esperanzas, termina por efecto de las circunstancias sometida al gran crimen; en la segunda se muestra que las condiciones de las diferentes clases no exime a ninguna de ellas de claudicar en la violencia y por la violencia surgida de la corrupción de los prestantes, de la ingenuidad subversiva de las clases medias bajas y de la vida sicaria de las clases pobres. No obstante, las puestas en escena más impactantes, básicamente porque se concentraron en la vida sicaria misma, corrieron por cuenta del cine y la literatura: en el cine la película de Víctor Gaviria “Rodrigo D. No futuro” (1990) y en la literatura la investigación testimonial de Alonso Salazar “No nacimos pa’ semilla” (1990) y la novela de Fernando Vallejo “La virgen de los sicarios” (1993). Precisamente, la preocupación de cierta literatura por entender al sicario y al sicariato llevó a algún autor, probablemente a Héctor Abad Faciolince, a designarla como literatura sicaresca (que de hecho

ha motivado estudios comparativos con la literatura picaresca del siglo XVI).

Pese a las recurrentes informaciones sobre la letalidad de las drogas, a las denuncias sobre los excesos de la vida narca y las penurias de la vida sicaria, a las arremetidas violentas que emprendieron los narcotraficantes contra amigos y enemigos, a los atentados terroristas indiscriminados contra población inerte en calles, plazas y centros comerciales en diferentes ciudades del país, mal puede decirse que la sociedad colombiana que despidió los años ochenta terminó repudiando como un todo lo que significaban los narcos, sus negocios o sus estilos de

13 Lucía Garavito señala: “Si en Golpe se hablaba de una democratización de la riqueza, en El paso se trata más bien de la ‘democratización del dolor’ (...). En la estratificada sociedad colombiana, los campesinos, los pobres, los marginados, han sido por lo general los más directamente afectados por las diversas oleadas de violencia rural y urbana. Con el narcoterrorismo, la clase dirigente, la élite cultural y económica, la clase media intelectual y profesional, han venido a descubrir su propia vulnerabilidad e impotencia ante las fuerzas que controlan violentamente el país. Como lo subraya la pieza, personajes de la más diversa procedencia se encuentran juntos, sin privilegios sociales de clase o fortuna, compartiendo idéntico destino y enfrentando las consecuencias de la irrupción del terrorismo en su vida ordinaria”. Garavito, op. cit., pág. 81.



vida. Habitualmente el moralismo colombiano tiende a considerar que el “amor al narco” sólo permaneció entre barriadas humildes o pueblos de provincia que encumbraron a Escobar o a Gacha a un raudo ascenso santo o entre algunas viudas, esposas o amantes que recibieron como pocas los beneficios plenos de la riqueza mal habida. Pero no es así: los narcos no sólo capitalizaron de manera ilegal la economía, no sólo captaron votos sucios para la política, no sólo plantearon unos estilos de vida para ascender en una inflexible sociedad estamental y no sólo cometieron crímenes atroces para hacer todo esto; más allá, los narcos aceleraron los mercados de conversión de valores económicos a sociales, erosionaron la moratoria social y terminaron imponiendo la idea de que la existencia social radicaba en encontrar un medio de explotación que sin importar su legalidad o su licitud garantizara la compensación, el orgullo, la ostentación y la relatividad. Esta estructura profunda de valores, ahijada de los narcos, no obstante fue la misma que terminó exaltando una sociedad frivolizada, que será el ambiente propicio del traqueto.

Los traquetos

Para finales de los años ochenta y comienzos de los años noventa la guerra narca supuso una atomización de los grandes carteles: éstos se enfrentaron entre sí, claudicaron en diferentes regiones con cultivos y laboratorios, perdieron algunas rutas nacionales y casi todas las extranjeras, dispersaron sus capitales en

cientos o miles de testaferros y permitieron simultáneamente el ascenso de nuevos carteles con urdidos vínculos directos con la fuerza pública, con los paramilitares y con las guerrillas. Pero todo esto no supuso el fin del narco, sino su conversión en traqueto¹⁴.

Tras el fin de los viejos carteles, los miles de millones de dólares del negocio siguieron circulando, no en nichos controlados como lo pretendieron los narcos, sino en los cauces desenfrenados surgidos de la propagación de la producción coquera en diferentes regiones colombianas, de la expansión de un conflicto armado cada vez más cruento y de la propia diversificación de la economía suscitada por la apertura de los años noventa. Precisamente estos torrentes de capital por los vericuetos de una geografía de contradicciones llevaron a que el estilo traqueto se instalara en distintas formas: entre “raspachines” o recolectores de hoja de coca, jornaleros expulsados de unas agriculturas sin capacidad de competir o nubladas por crisis internacionales, quienes accedieron a unos modos de vida plagados de la incertidumbre del campo pero recubiertos de las ostentaciones de las ciudades; el estilo traqueto también está entre los “señores de la guerra”, mercena-

14 El término “traqueto” no es reciente. Su existencia se remonta a las primeras bandas de criminales cooptadas por el negocio del tráfico de cocaína en los años setenta. No obstante en años recientes el país empezó a aludir al traqueto y al traquetismo como una forma de definir las nuevas condiciones de la vida narca tras la caída de los grandes capos.





rios que dividen sus días entre las gestas en el monte y el consumo ostentoso en las ciudades de provincia; el estilo está más que refinado entre los intermediarios urbanos, aislados de la economía directa de la coca que somete al “raspachín” y del conflicto armado que vincula al “señor de la guerra”, el eslabón más liberado de una cadena de mafias que, por su capacidad de disfrutar plenamente los beneficios de la plata mala habida, es el epígono por excelencia de la vida traqueta.

En unos casos este traquete por excelencia es un personaje surgido de los fondos más clandestinos de los viejos carteles que, sobreviviente de las guerras intestinas del crimen, mantuvo o reemprendió la instalación del negocio actuando como un intermediario tradicional para el acopio, la exportación, la recaudación y la extorsión; en otros casos este traquete es un personaje sin arraigos claros, un desconocido miembro de la jerarquía de aprendices o testaferros, que igualmente mantuvo o reemprendió la instalación del negocio actuando como *agente outsourcing* o *empleado freelance* para las labores más tecnificadas del envío o el lavado. Porque el traquete por excelencia no es otro que la versión del narco en el capitalismo de última generación o, parafraseando a algunos autores, un agente del crimen organizado en medio del capi-

talismo desorganizado. En palabras más sencillas, un auténtico “narcoyuppie”.

A diferencia del narco, que quiso imponer un negocio comprando ínsulas Baratarias en el Caribe, colonizando a plata y a bala grandes provincias y desafiando abiertamente al Estado (al punto que siempre contrainsurgente no dudó en algún momento en rebelarse como un insurgente más), el traquete vive del pragmatismo que le concede la propiedad difusa del negocio, la tecnificación de los envíos, la sofisticación del lavado por paraísos fiscales o por reconocidos centros de negocio y la inusitada capacidad de reinversión que le ofrece una economía siempre medio abierta siempre medio cerrada. El traquete no necesariamente conoció el negocio en las calles de mala muerte de Queens sino que se familiarizó con él en medio de las empresas ficticias, de las juntas directivas maquilladoras, de las asambleas de accionistas y de las reuniones sociales donde no cesa de decirse que la política es el arte menor de los incapaces a diferencia de la economía que es el arte mayor de los emprendedores y los exitosos. La herencia diablada del narco y la pericia cultivada del traquete lo han convertido no en el “hijo prólijo” sino en el “hijo prodigio” de la mafia.

Pero como en el caso del narco, mal puede decirse que el traquete llegó a per-



vertir una sociedad inocente. Por un lado, la propia sociedad de los años ochenta y noventa, aún en su parroquianismo, no fue ajena a la caída del socialismo real y al ascenso de un capitalismo global que propagó las creencias en la crisis del Estado nacional y en la liberación anárquica de los mercados encumbrando el individualismo cerril, la competitividad a ultranza, la improvisación recurrente y la ganancia ostentosa como valores naturales de la existencia destinados a los más aptos, que pueden resolver todos esos valores consuetudinarios con simple y llano pragmatismo. De cualquier manera, unos y otros valores, los de vieja estirpe o los de nueva generación, terminaron coincidiendo en lo fundamental, en el carácter inevitable de las fortunas descomunales para unos y de las pobreza irredimibles de otros: para los primeros el mercado, el escenario de la selección natural que permite las evoluciones; para los segundos el estado, el escenario de la protección antinatural que permite las involuciones. Paradójicamente, nuestro estamentalismo arraizado en el siglo XVI resultó tierra fértil para cosechar el mundo conservador de finales de siglo XX: una explosiva conjunción del añejo “racismo de las apariencias” con el nuevo “racismo de las inteligencias”.

Este mundo que concilió perfectamente el viejo estamentalismo criollo con el neoconservadurismo global fue propicio para la farandulización de la vida pública y la frivolidad de la existencia: en medio de un país de incertidumbres, donde la promesa social se cumplía a cuenta gotas,

donde la posibilidad de vivir o sobrevivir, de ascender o descender socialmente, no parecía signada por nada ni por nadie, se afianzó la vieja idea de que la existencia sólo era cuestión de cada cual. Las viejas creencias sobre los “talentos naturales” de los colombianos, como el ingenio, la pujanza y el desvare, encontraron investidura sofisticada en un mundo orientado a la autoayuda, a la gestión del sí mismo, a la gerencia de los dones, masificado por unos oficiantes que se firman conferencistas y por una miríada de publicaciones que siempre son best sellers y hacen parte de los inventarios de las empresas. Al mismo tiempo, recluida la vida al control del sí mismo, los accidentes inexplicables empezaron a ampliar nuestro viejo menú de cartománticos, quirománticos, oniro-mánticos, nigrománticos, etc., etc., que le dieron tonos de posibilidad futura a unas existencias plagadas de imposibilidades presentes. Todo esto en medio de la globalización de ciertas prácticas culturales, que nos trajeron la difusión masiva de prácticas como el yoga, que hasta entonces sólo sobrevivían en los viejos hippies de antaño, algunos de ellos convertidos en dilectos neoliberales. De cualquiera manera, la esoterización completa de la sociedad, entre todos los estamentos, por diferentes medios, no fue otra cosa que la pretensión de buscarle efectividad a unos valores consuetudinarios perseverantes.

Esta sociedad cada vez más privatizada en sus expectativas estuvo correspondida por una portentosa exposición mediática que le mostraba sólo un mundo de farándula: la vida pública quedó cir-



cunscrita a la inmediatez de una pantalla de televisión que desistió de nuestras tragedias compartidas para convertirlas en desgracias de unos cuantos, trueque que tuvo la fuerza de plantear que había una “sociedad buena” diferenciada de una “sociedad mala” y que el lugar en una u otra dependía solamente de decisiones individuales. El repertorio de los noticieros, entre los muertos, los goles y las tetas, nos condujo a pensar que había una sociedad que no éramos (donde estaban los malos), que había una sociedad compartida (donde estaban los buenos) y que había una sociedad que aspirábamos (donde estaban los bonitos y los inteligentes). Esto sin importar que los muertos tuvieran en medio los designios de alguna reina de la coca, que entre las fanaticadas deliraran a rabiar narcos y paracos y que en los entretelones del glamour o de las bolsas de valores estuvieran las más grandes lavanderías de dinero magio, narco y traqueto. Pero nada de esto parece reprochable aún hoy, porque los casos parecen aislados, porque “no todos están untados”, porque el narcotráfico es sólo cuestión de unos cuantos malandros y vagabundas.

Este mundo de frivolidad y de farándula es la tierra de promisión del traqueto, que pudo galvanizar los valores del narco vertiéndolos a lo light y a lo loft, a lo sweet y a lo soft. De entrada el traqueto tiene un bien preciado: la juventud, capital valioso en este teatro de sombras envejecidas, que tiene por pura cédula de ciudadanía o que adquiere por nuestra apabullante industria de la cirugía estética. Le sigue la posesión rápida y abundante, tan exalta-



da en esta Calcuta suramericana que idolatra al éxito económico, que el traqueto tiene en todas las cantidades y formas. Le sigue el estilo, donde aún persevera el viejo narco pero donde lucha el aprendiz de yuppie, para hacerse a un mundo que no le precede, como a su antecedente, sino que él mismo ha ayudado a construir. El narco luchaba por ingresar a un mundo que sus creencias le habían signado superior a él; el narcoyuppie busca mantenerse en un mundo en el que sus creencias se han impuesto como derrotero para otros, tanto que no pocos “niños bien”, de buena familia, no han dudado en adquirir el estilo traqueto para no fenecer ante sus aventajados rivales. El traqueto está entre nosotros, vive entre nosotros, como dijera el alcalde Luis Eduardo Garzón, viste “Armani con zapatillas” en medio de la celebración general.

Precisamente, el valor narco galvanizado por la frivolidad y la farándula está en los principios de esa cada vez más apabullante producción sobre el narcotráfico en Colombia en los años recientes: en la literatura que abandonó la dolorosa sicaresca para cultivar las liviandades del traquetismo, en la televisión que desistió de la dramatización de los problemas para



simplemente convertirlos en espectáculo, en un cine que busca su propia tradición pero que no cesa de recaer en el estereotipo, en la fuente oficial, en la versión recurrente, sin capacidad de traslucir la profundidad de nuestros dramas y tragedias. De las puestas en escena de otros tiempos, que tienen entre sus virtudes el apelar a actores naturales en el cine, a tragedias de carne y hueso en la televisión, a hechos concretos en la literatura, pasamos a unos montajes donde el narco discurre a traqueto representado con la fastuosidad de esa farándula criolla que ha prosperado más por la apariencia que por el talento (como bien lo han dicho tantos actores y actrices de la vieja guardia). “Sin tetas no hay paraíso” y “El cartel de los sapos”, cumbres de la literatura traqueta por efecto de sus inmensas audiencias, buscan erigirse como testimonios para aleccionar a una sociedad sobre el penoso destino de los mal habidos, pero que en medio de un traquetismo perseverante sólo consiguen incrementar el resentimiento sobre aquellas auspiciadas y auspiciados por el mostrar y por el contar.

Muchos pueden decir que otros países igualmente asistieron, no de ahora, sino desde décadas atrás, a una frivolidad

de la existencia y a una farandulización de la vida pública sin que eso haya suscitado ningún conflicto. Puede ser cierto. Pero en aquellos países aún prospera una ética pública que ha desistido de valores consuetudinarios sujetos al estamentalismo o que los ha confinado exclusivamente a los ámbitos de la vida privada o a los fueros de las cofradías (a la profundidad de las instituciones, de las noblezas, de los académicos, de la farándula, etc.): de resto, existe una cultura pública portentosa, sujeta a los valores ciudadanos, que restringe la generosidad y la lealtad en beneficio de la tributación y la redistribución, que restringe la honorabilidad y la honradez en beneficio de la dignidad y el respeto, que restringe la moderación y la modestia en beneficio de la calidad de vida, que restringe el acomodamiento ético y el moralismo local en beneficio de la supremacía de las normas constitucionales y las leyes ciudadanas. Pero este, nuestro país camandulero, más sufrido que un cristo, sigue pidiendo la preservación o el retorno de esos valores consuetudinarios que, revestidos como buenos, han sido el caldo de cultivo del estamentalismo mafioso que nos hace tan esotéricos, tan frívolos y tan reaccionarios.

✖

